Fuera de VALIJA

FRANCO Y SUS GENIZAROS MERCADERES Y DEMAS CHUSMAS

nº 53 - 23 Nov 46

LOS hechos han venido a darnos la razón. Cuando Franco y sus generales y sus coroneles y sus comandantes y sus capitanes y sus tenientes decían, al principio del Movimiento Salvador, que querían salvar a España en colaboración con los señoritos falangistas y los obispos, nosotros pensábamos que toda esa chusma adorada lo que quería era simplemente quedarse con lo que no era suyo, explotar, robar y esquilmar al pueblo español. En ningún otro país, como en España, el patriotismo sirve para apoderarse tan lindamente de lo ajeno. En cualquier nación, a un patriota deseoso de hacer la felicidad de su pueblo, se le ocurre, por ejemplo, construir una escuela, o patrocinar un hospital, o desempeñar los lotes de ropa que la gente pobre ha llevado al Monte de Piedad, o realizar, en fin, algún otro acto benéfico, filantrópico y humanitario. Sólo en España a los buenos patriotas se les ocurre sublevarse, asesinar al prójimo, y encima tomarle el reloj. Tal es el caso de los militares franquistas y señoritos falangistas que se sublevaron con Franco y que, convertidos en héroes nacionales, se han dedicado a vivir espléndidamente sobre las cansadas costillas del pobre pueblo español. Después de la guerra incivil, el espectáculo que ofrece nuestra patria es el de una alegre y fanfarrona soldadesca viviendo a costa del pueblo ocupado y vencido. La victoria franquista fué, en efecto, una victoria lograda sobre el pueblo español y éste sufre hoy, con el dolor y la humillación de la esclavitud y de la derrota, el saqueo de la horda castrense enemiga. Los militares franquistas no se sublevaron, por lo visto, para otra cosa. El Movimiento Salvador fué simplemente un descomunal negocio, una gran empresa de robo organizada en gran escala. En el fondo, lo que le interesaba a un militar franquista no era tanto oponerse a la legislación laica y social de la República, o a la autonomía de los pueblos peninsulares, o al ejercicio de la democracia, como dedicarse frenéticamente a los sustantíficos negocios del mercado negro. Según las noticias que se reciben de España, el mercado negro está principalmente en manos de los militares franquistas, que gozan de privilegios escandalosos y tienen racionamientos abundantes y excepcionales que sobran para cubrir sus necesidades, por lo que las señoras y los asistentes de los comandantes franquistas, y de los coroneles franquistas, y de los laureados franquistas de San Fernando, y de los simples sargentos franquistas se dedican a vender el excedente a precio de straperlo.

Estos días pasados ha informado la radio británica que el gobierno franquista, ante tan escandalosa situación, había preparado un decreto suprimiendo el racionamiento extraordinario de los militares franquistas, pero Franco ha dejado en suspenso su ejecución debido a la violenta presión de los propios militares franquistas. Es natural. Si no fué para robar y explotar al pueblo español ¿para qué se sublevaron, entonces? Si no han de poder chalanear y enriquecerse en el mercado negro, ¿en qué se notaría que España es ya un estupendo Imperio Vertical y Azul? Sin straperlo, ¿cómo se hubiera podido salvar la civilización cristiana?

Hay gentes sencillas y silvestres que se conmueven cuando oyen hablar de honor militar franquista, y se licúan de gusto ante los brillantes desfiles de los caballeros cadetes de Franco, y se exaltan evocando esas grandes proezas bélicas de los paladines franquistas que culminan en la portentosa defensa del Alcázar de Toledo, hazaña que convirtió, como tantas otras de nuestra historia —¡oh Moscardó!— en brillante héroe a un tonto íntegral... Sí, sí; perfectamente. Pero lo que deben saber ya esas almas cándidas y rupestres es que todo ese fulgor heroico y todas esas sublimes glorias franquistas han acabado en pedir racionamiento doble o triple para que la señora, o la hija, o el asistente de un teniente coronel franquista pueda dedicarse a vender de straperlo aceite a veinte duros el litro. En el fondo, estos terribles héroes, lo que querían, por lo visto, era dedicarse al comercio oculto, a hacer de acaparadores, de abarroteros confidenciales, de hambreadores... ¡Haberlo dicho! Muchas lágrimas se hubiera ahorrado España si los militares franquistas hubiesen declarado sin ambages que lo que querían era dedicarse al comercio clandestino de víveres. Quizás hubiera habido manera de llegar a un acuerdo con ellos. Para eso no necesitaban ponerse a hablar del Estado azul, ni de la bandera roja y gualda, ni de los Reyes Católicos, ni de la religión de nuestros mayores. La vocación de mercader es, en fin de cuentas, tan honorable como la de héroe, y los pueblos, para su bienestar y tranquilidad, sólo exigen que una y otra profesión se ejerzan sin excesos ni abusos.

Se comprende perfectamente que un comandante franquista quiera hacerse pronto rico y vivir estupendamente vendiendo pan de munición a precio de straperlo, sacándolo por la escalera de servicio de su pabellón cuartelero. Lo intolerable es que para realizar, al fin, ese negociete, los comandantes y coroneles y generales franquistas hicieran venir de Alemania e Italia aviones de bombardeo y se dedicaran a asesinar a gentes indefensas en los pueblos de España, y todo eso para acabar ahora vendiendo los sobrantes del racionamiento militar en el mercado negro. ¡Escandalosa realidad de la "voluntad de Imperio", vergonzosa verdad de la "unidad de destino", grotesco despertar de la "España Una, Grande y Libre"!

También estos días he leído en los "Quaderns" de Perpiñán una excelente información, agudamente comentada por F. C., con unas cifras impresionantes. Se trata de una estadística preciosa sobre la distribución de las pieles curtidas de que dispuso la industria zapateril española durante el año de 1945. Dicha industria dispuso de 1.123.120 pieles, de las cuales el noventa por ciento aproximadamente era de producción nacional y el diez por ciento restante de importación. Pues bien; de esa ci-

A.P.C.E.
SIG.: 1.2s/1240

fra total se atribuyeron: al Ejército de Tierra de Franco, 398,613 pieles; al Ejército del Aire de Franco, 20,548 pieles; a la Marina de Franco, 31,792; a la Guardia Civil de Franco, 33,553 pieles; a la policía armada de Franco, 13,769 pieles. Total, a los héroes o esbirros de Franco, 498,275 pieles curtidas. Otras 77,521 pieles fueron destinadas a otros organismos oficiales de Franco, haciendo un total de 575,796 pieles para el aparato policíaco, militar, burocrático y, falangistas de Franco. Y en cambio, para los veintiséis millones de españoles restantes se destinaron nada más que 547,324 pieles curtidas; es decir, 28,473 menos que para los generales, coroneles, comandantes, etcétera, franquistas. O dicho en otra forma: para los generales, coroneles, comandantes, etcétera, de Franco se fabricaron, con aquellas pieles curtidas, 2.793,823 pares de calzado. Y para los veintiséis millones de españoles restantes se fabricaron únicamente 1,975,151 pares de calzado. No dieron para más las pieles que les dejaron los héroes franquistas. Resulta, pues, que cada español civil, cada pobre paisano vencido por los héroes franquistas, solo pudo obtener el año 45 aproximadamente un sieteavo de zapato para un solo pie, teniendo que llevar, por lo tanto, descalzos los seis sieteavos restantes del mismo pie y todo el otro pie; en tanto que cualquier soldadote o genizaro de Franco pudo calzarse perfectamente, él y su familia, sus cuatro pies franquistas, y aun le quedaron zapatos de sobra para venderlos a precio de straperlo al pobre español vencido, hambriento, descalzo, derrotado, civil y paisano. ¡Oh maravillas del Movimiento Salvador! Huyamos, sin embargo, del chiste fácil. No digamos que todos esos caballeros se sublevaron para ponerse las botas. Pero mantengamos en vigor nuestra antigua advertencia: cuando oigáis decir a un guerrero que quiere salvar a España, abrochaos. Hacedme caso. Ese héroe no busca más que vuestro reloj o vuestra cartera. Es nada más, y nada menos, que un aspirante a abarrotero subrepticio, un hambreador potencial, un ratero frustrado, un candidato al saqueo y al pillaje. Desconfiad de él.

EL VALIJERO